

QUOMODO PRIMVM AMAVIT

1

Todo comenzó por culpa de una caricia efímera, aunque no sería hasta mucho después, tal vez a salvo ya de la crueldad del momento, cuando se percatara del hecho en sí mismo; protegido del mundo exterior, sumido en la penumbra de su piso, observando las horas pasar en aquel reloj gigante colgado en una de las paredes del comedor. Ya entonces sería demasiado tarde para cualquier corrección; sería pagado cualquier agravio, sería sumergido en la burda consecución de sus actos, y vería diezmada su vida y sus sueños diluidos entre tantos llantos.

¿Quién sabía a ciencia cierta qué o cuándo? Tan solo él, y tal vez ella; había bastado un ligero desliz, un momento de duda, y todo se había catapultado hacia un abismo insondable de despropósitos y sinsabores: ahora él se arrepiente, ella llora desconsolada, el hechizo hace tiempo que se ha corrompido, y ahora es demasiado tarde y todo está demasiado emponzoñado para pensar siquiera en un milagro en forma de cura.

Entregado al remordimiento y a la duda, sollozaba despierto con las persianas bajadas para evitar que la luz del día penetrara a través de sus ventanas: debía sentir dolor, de aquello uno no podía tener duda; vestía igual que la noche anterior, todo de negro, y aunque el sudor se le había pegado a la ropa, las fuerzas le habían ya flaqueado y nada se pudo hacer para cambiar sus ropas. Sus gafas yacían sobre una mesita, frente al sofá, donde postraba su mala conciencia, mientras algunos ruidos ajenos se dejaban escuchar en la algarabía de la calle. ¿Qué podía pensar, él, postrado como un moribundo en aquella oscuridad infinita, ahora que el acto estaba ya consumado y podía darse por finiquitado? Ah, algunos dirían que nada, otros que no hay para tanto, cualquier respuesta será siempre en vano: hoy y mañana, todo se mezcla y se funde, y ella sigue rota y él llora viéndola en su sueño, un sueño que se alimenta de aquello que a todos nos falta, porque en el fondo vivimos como morimos, o tal vez es al revés, ¿a quién le importa?

Vedlo aquí, como un enfermo carcomido por el cáncer; vedla a ella, no lejos, con aquellos ojos enrojecidos por el descontrolado llanto, tiritando, con su respiración desbocada por el espanto, casi desnuda, echada en el frío suelo de mármol mientras a su alrededor las sábanas del lecho se muestran hostiles y sonríen de malicia, aunque sin desearlo; ¿que podéis sentir ahora, necios? Que el amor no existe, es tan solo una mera ilusión que llena páginas y alimenta historias, no más: preguntádselo ahora a ellos, que los tenéis tan cerca, seguro que os contarán lo mismo que yo os cuento. Porque el amor no es más que un continuo lamento, postrados ya en el suelo, sumidos en la amargura de su crueldad, caemos sin cesar y, graciosa ironía, nos damos cuenta de todo ello.

2

Siempre había creído que ninguna mujer vería en él nada que pudiera considerarse digno de alabanza; no era más que uno más mezclado en aquel mundo de perfección exagerada, de culto a lo externo y a las relaciones fugaces y no perdurables, y sabía que él podía sentirse ajeno a todo aquello porque nada ni nadie podía juzgarle, ya no: era diferente, vivía diferente aunque algunas veces tuviera que asumir el rol de los otros; de *ellos*, que tanto odiaba en secreto; había leído muchas obras de autores nihilistas, había sabido entonces que aquello era lo que él necesitaba para colmar sus días y sus inagotables noches: el nihilismo y el solipsismo parecían tan lógicos que cubrían sus necesidades y respondían todas sus preguntas.

Solía salir del trabajo y caminar largo rato, evitando siempre aquellas calles más transitadas, puesto que ver *sus* caras le hastiaba. No podía soportar caminar y cruzarse continuamente con gente observándolo como asqueada, puesto que él no era *como ellos*. ¿Qué clase de oculto poder les había sido otorgado para juzgar a los que no pertenecían a su especie? Que desgracia vivir en aquel mundo donde todo estaba a merced del reino de la hipocresía, el egoísmo y la maldad. Él estaba convencido de que no había ser humano que mantuviera viva una mínima cantidad de bondad, que todo estaba ya demasiado podrido, demasiado envenenado, y que la Muerte podría, acaso,

liberarles: pero él era diferente. Y era esa diferencia la que lo apartaba irremediabilmente del resto, sumiéndolo en una vida de soledad irrefrenable que parecía gustarle. Era tético verle encerrado en sus casa con sus libros y su música; uno hubiera imaginado que cometería suicidio en cualquier momento. Tal vez era lo que deseaba, pero parecía querer alargar el momento, como si algo en el tiempo se negara a avanzar y aguardara, con precisión matemática, la eclosión definitiva que arrancara su alma de aquella concha de carne, huesos y tendones.

Siempre había detestado la poesía. Su mundo era la prosa y, sin embargo, una tarde de mayo se encontró comprando una antología de poesía del medioevo español, el *Locus Amoenus*, y, para su sorpresa, saboreó cada poema, cada verso, como si los descubriera por vez primera, agitando algo en su interior que consideraba muerto. Los primeros versos en latín de *Cancionero de Ripoll* lo sumieron en una letárgica ensoñación enfermiza:

*Aprilis tempore, quo nemus frondibus
et pratum roseis ornatur floribus,
iuuentus tenera feruet amoribus.*

Quisiera el destino o tal vez la mala suerte que el título de tan magna obra fuera *Quomodo primum amavit*. Él, un hombre encerrado en sí mismo que nunca había sentido la necesidad de amar porque sospechaba que ninguna mujer lo desearía nunca, descubrió que aquellos versos en latín parecían susurrarle: ¡Eh, despierta! Ah, que dulce podría haber sido todo de tratarse de *otro*; pero no fue el caso.

Conmovido por tanta belleza, por la grandeza espiritual de aquellas poesías, sintió que algo florecía en su interior, algo que había estado aletargado por demasiado tiempo, y sus sentimientos de renuncia a la raza humana flaquearon levemente, pero lo suficiente para que abriera sus ojos a un mundo que podía ver, finalmente, en todo su falso esplendor. Ahora el cielo era más azul; los días templados más agradables; la gente con la que se cruzaba camino de casa o durante sus largos e inacabables paseos, más soportable; hablaba con los vecinos de su bloque con ánimo y coherencia; ya no detestaba la aglomeración de gente en lugares céntricos de la ciudad; gustaba sentarse en un bar y desayunar leyendo un libro a pesar del murmullo a su alrededor; ni el humo del tabaco danzando a su libre voluntad en aquel aire enrarecido, mezcla de vinos y refritos, parecía romper su coraza, ahora casi infranqueable, porque se alimentaba de sentimientos contrapuestos a los anteriores: amor, *pertenencia*, y tal vez una capa levemente tiznada de esperanza.

Debió ser aquello, porque otra opción no sería creíble, lo que la acercó a él. Ella era una mujer algo más joven, demasiado hermosa como para perder su tiempo con alguien como él, con un largo historial de amores y desamores, tan largo como la colección de hombres que yacían postrados y derrotados por haberla perdido. Muy a pesar de ello, seguía manteniendo una larga e incoherente lista de amistades masculinas, porque gustaba de aplicar la *psicología conductista* de *Pavlov*, y aunque parecía aplicarla de manera involuntaria, para algunos de aquellos que soñaban con llegar a alcanzar su lecho en un futuro cercano les era indiferente: eran como perros, o tal vez como ratas. Por eso se fijó en él, porque era diferente. ¿Cómo podía él pertenecer a aquella larga lista de hombres que competían por alcanzar un mismo objetivo? Y que se suponía que era aquello, ¿una mascarada?

No la vio llegar; ni siquiera se fijó en aquella mujer que, como él, entraba siempre en el mismo bar y a la misma hora y se sentaba en la mesa del fondo. Pedía un zumo de naranja exprimido y leía con armoniosa ferocidad un ensayo de *Tzvetan Todorov*, *La literatura en peligro*, mientras él se dedicaba a aspirar los humos del café recién hecho y se adentraba en los peligrosos senderos de la prosa siempre elegante de *Primo Levi* y su *If this is a man...* A lo largo de dos semanas, lo observó porque no reparaba en ella. Que extraño, porque normalmente todos los hombres se apresuraban a establecer contacto con ella, aunque fuera éste absolutamente efímero. Tal vez un *hola* informal, aunque algunas veces podían llegar a ser más explícitos. Y allí estaba aquel hombre, alejado del resto, ya no solo físicamente, sino en todos los aspectos imaginables: bebía su café y leía su libro sin apenas alzar la vista, y si lo hacía, sus ojos miraban a través de ella.

No terminaban en su cara, no se desplazaban hacia sus generosos senos, no buscaban deleitarse fugazmente con ellos ni ostentaban una mirada culpable; simplemente no eran exploradores porque aquellos ojos no ansiaban nada de *ella*, simplemente desaparecían en algún punto que la trascendía, se esparcían a lo largo y ancho del mundo que ella, por supuesto, no podía ver, no podía sentir, porque solo cobraba sentido dentro de *él*.

Una mañana como cualquier otra, poco tiempo después de haber descubierto la magia y la hermosura de la poesía en latín del medievo, él alzó su mirada y, de repente, la vio. No quiso mirarla, pero no pudo evitarlo. Se preguntó quién era aquella mujer y si sería la primera vez que entraba en el bar, porque estaba seguro, estaba más que seguro, de que nunca antes la había visto; y aunque nosotros ya sabemos que se equivocaba, ella no podía saberlo porque no tenía la facultad de leer en su mente. Y aquél debió ser el momento donde, fortuitamente, sus miradas se encontraron mientras danzaban por caminos ligeramente opuestos, porque él no la buscaba aunque ella lo había estado haciendo a lo largo de dos largas e interminables semanas, y él lo supo, lo sospechó, pero a pesar de ello no pudo reprimirse porque aquellos malditos versos tronaban en su cabeza y excitaban su corazón: *Quomodo primvm amavit ...* Ah, debió de pensar entonces, ¡cuánta verdad en título tan escueto!

3

Si le hubieran preguntado qué era para él la vida, justo antes de verla en aquel bar, hubiera contestado: una larga y exasperante espera hasta el día de nuestra muerte. Era demasiado cobarde para ser cobarde; por eso una mañana se sentó frente al espejo del cuarto de baño y observó largamente su rostro. Entonces calculó el tiempo que aún le quedaba por vivir, y dedujo que no serían más de cincuenta años. Para alguien que estaba cansado de estar vivo, podía parecer más que una eternidad, así que buscó alternativas: comenzó a imaginar mil estrategias para acotar todavía más aquel largo e insondable período, lo que le llevó a contar los años por veranos. Y, claro, puestos a pensar en veranos, logró reducir todavía más la absurdidad del tiempo transformando los veranos en vacaciones de verano; ¿que eran cincuenta años? Demasiado tiempo. ¿Qué eran cincuenta vacaciones de verano? Una minucia. Ah, aquello era diferente; él podía soportar la idea de esperar tan solo cincuenta vacaciones más de verano antes de expiar. Era una cifra considerablemente inferior que cincuenta años.

Nunca había pertenecido a ningún grupo de amistades. Vivía eminentemente solo porque temía conocer a la gente en profundidad: sabía que el único modo de evitar decepciones era no intimando con nadie; cuanto más lejos estaba de todos los que le conocían, más fácil era para él no caer en los mismos errores que tantos otros: no había peleas por una mujer; no había falsas esperanzas de futuro; era todo deliberadamente aburrido y, sin duda, cruel. Cuando tomaba café o cuando solía salir a comer con algunos compañeros de trabajo, sus sentimientos nihilistas tardaban poco en manifestarse; a lo largo de muchas horas guardaba un silencio sepulcral, se rodeaba de su música y de sus libros, y dejaba vagar su mente, plasmando sus ideas alocadas en relatos cortos que algunos leían sin entusiasmo. Aquellos relatos estaban cargados de malos sentimientos, de derrota, de muerte, de gangrena, de suciedad y podredumbre humanas: cualidades que él sabía gobernaban el mundo, esparciendo su enfermiza ponzoña allá donde fuera necesario; sabía que la sociedad estaba decrepita, que nadie había en el mundo que fuera íntegramente digno de ser considerado humano, o, en todo caso, que todos podían ser considerados humanos menos él; era un ente errante sumergido en un caos descontrolado de egoísmo, narcisismo y malas influencias: ¿era más inocente un niño por masturbarse pensando en las modelos plastificadas de alguna película pornográfica que por disfrutar viendo como despedazaban a alguna víctima en una película de terror? ¿Que clase de sociedad era aquella donde todo estaba ya corrompido por el poder del dinero, donde no había nadie que no fuera un poco hipócrita, donde no se podía confiar en nadie excepto en uno mismo, porque nunca se podía estar seguro de lo que el otro pensaba o sentía, al verle? Lo que quedaba de su percepción sobre la humanidad estaba demasiado deformado por años de tristeza y absentismo

acumulados. Si; repudia, solo eso, solo eso quería, solo eso sentía: renunciar a la humanidad era lo único que daba sentido a su espera; cuando estuviera muerto, cuando su cuerpo se pudriera y fuera pasto de los gusanos, cuando solo un receptáculo vacío sin alma ni conciencia quedara a merced de la Tierra, entonces, y solo en ese preciso instante, sería feliz.

Por eso verla allí, observándole, lo traumatizó de tal modo que algo cambió en su interior. Ahora incluso cincuenta años parecían muy pocos; deseaba que hubiera más tiempo. Sus miradas se cruzaron, se vieron el uno al otro como por vez primera, y ella le dedicó una ligera sonrisa desde su mesa, y él movió suavemente su cabeza, y ella esperó, y él decidió levantarse, y ella sonrió con mayor entusiasmo al verle avanzar, algo aturdido, hacia donde ella estaba; *y él sonríe, y ella sonríe, y él se presenta, y ella le da un beso en la mejilla, y él se ruboriza, y ella le dice algo, y él ya no la oye porque está muy nervioso, y ella se lo repite, y él solo puede oír el maldito timbre en su oído izquierdo, su tinitus, y ella alza algo más su voz, y entonces él si puede oírla, y se sienta a su lado, y desayunan juntos cada día desde entonces, y crece la confianza entre los dos, y ahora él no siente más tristeza, y ella no entiende que ve en él, y él no entiende que ve ella en él, y las brumas se alejan, y ella le da un beso en algún momento, y él se deja besar, y él se siente lleno, por vez primera en su fútil existencia, y ella le susurra algo al oído, y él accede, y se van juntos, y ella le enseña su piso, y él observa sus libros y sus discos, y ella lo atrae hacia sí, y él se deja arrastrar hacia sus pechos, y ella lo besa con pasión, y él cae a sus pies, y se arrancan la ropa, y ruedan por el suelo del comedor, y ella lo siente en su interior, y él se siente en su interior (de ella), y juntos son uno, y uno son y serán, y ella le dice que lo ama, y él que la ama a ella, y los dos gimen y se dejan arrastrar por la fiebre, hasta que todo termina.*

4

Ahora está tumbado en su sofá, preguntándose qué ha podido ocurrir con todo lo que él creía, por qué es tan fácil que todo se esfume tras una simple noche de placer; y ella siente lo mismo, no muy lejos, sollozando en el frío suelo de mármol del dormitorio, con su piel todavía caliente de los abrazos de él, y helos aquí, cada uno sintiendo dolor y pena y sufrimiento, incapaces de consolarse, incapaces de ver más allá de su propio y excluyente dolor, mientras el tiempo pasa y la vida se agota. Y entonces él lo descubre: todo es una mascarada, todo es puro teatro, vivimos en un teatro de guiñol, donde nadie es lo que aparenta ser, donde todos tenemos mil caras, donde solo los niños mantienen una mínima inocencia, justo antes de crecer demasiado; y es eso lo que le impulsa a levantarse, a caminar lentamente hasta el cuarto de baño, donde sabe que encontrará lo que, antes, jamás se hubiera atrevido a buscar.

Ya lo tiene entre sus manos; brilla.

Ella llora, pero él no puede oírla.

Es doloroso, y lento. Terriblemente lento, pero resiste. Aguanta el dolor, soporta el tiempo. Todo está tiznado de rojo, siente como la vida se le escapa, por un momento el pánico lo atormenta, pero luego decrece, y se deja arrastrar por la desidia. Ella llora, pero él nunca lo ha sabido. Despacio, se va, sus ojos se cierran, cae en un extraño estupor, es todo rojo sangre, es todo infierno y llamas.

Luego, la oscuridad le reclama.

*Toni Castillo Girona,
Cornella de Llobregat, 22 d mayo 2009, terminado a las 23:53.*